



Mario Venturi

**Notas para una historia
de la lucha armada
en la Argentina.**

Las Fuerzas Argentinas de Liberación

Gabriel Rot

Esta nota reconstruye exhaustivamente, recurriendo a documentos y testimonios, la historia de una de las organizaciones guerrilleras más importantes y menos estudiadas de la Argentina: las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). El relato avanza desde los grupos que dieron origen a esta formación, recorre las fusiones y rupturas que la atravesaron, y analiza las concepciones políticas y organizativas que definieron su accionar. Gabriel Rot es autor del libro *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000).

*El evocador es quien remueve las cenizas
y hace brotar las llamas.*

George Sorel

Entre fines de 1959 y mediados de 1964 tuvieron lugar las primeras experiencias guerrilleras en nuestro país. En diciembre de 1959, un grupo de orientación peronista denominado Uturunco –*hombre tigre*, en quechua–, se estableció en las cercanías del cerro Ocachuma, en Tucumán. Dirigido por Enrique Manuel Mena, el comando se presentó en sociedad asaltando una comisaría en la localidad de Frías, Santiago del Estero, pero tan sólo 30 días después era desarticulado por las fuerzas represivas. Tres años más tarde, en las serranías de Orán, Salta, Jorge Ricardo Masetti encabezó un nuevo intento, esta vez desde una perspectiva guevarista. Como se sabe, el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) también tuvo una vida efímera y sólo alcanzó a operar desde mediados de 1963 hasta abril de 1964, cuando su derrota se tornó inapelable. Finalmente, en julio de ese mismo año, el estallido de un arsenal acumulado en un departamento de la calle Posadas 1068 de la Capital Federal reveló la existencia del grupo liderado por el ex dirigente trotskista Ángel “Vasco” Bengoechea, quien se proponía establecer una columna insurgente en Tucumán

como parte de una estrategia de lucha armada que incluiría, presumiblemente, también el desarrollo de la lucha urbana.

Esta primera sucesión de tentativas guerrilleras dejó un balance desalentador: a la vez que exhibieron enormes limitaciones para prosperar en sus propósitos, alinearon el accionar de las fuerzas de seguridad e inteligencia del Estado, quienes, como era presumible, extendieron la represión sobre un amplio espectro del activismo sindical, estudiantil y de izquierdas.

La tragedia de la calle Posadas representó, en verdad, mucho más que el fin de una experiencia frustrada antes de nacer: simbólicamente constituyó la clausura de una primera etapa de la lucha armada en nuestro país, signada por la experimentación de prácticas político-militares que se vertebraron tanto alrededor de estrategias insurreccionalistas y foquistas como de singulares formas combinadas, sin que prevalezca hegemónicamente una en particular.

Sin embargo, esta sucesión de fracasos no fue el único saldo que dejó aquel perturbante 1964. Si bien el fenómeno guerrillero era aún una realidad embrionaria en nuestro país, varios elementos confluyeron para sostener su anclaje en el panorama político nacional, entre los que se destacó el desarrollo de una *Nueva Izquierda* que replanteó –más por el ejercicio práctico que por la elaboración teórica– la cuestión del poder y los métodos de acción directa. Y así como las recientes frustraciones develaron, de alguna manera, hasta dónde se había avanzado en aquella dirección, la creciente influencia de la Revolución Cu-

baña dejó abierto el interrogante acerca de la gestación de nuevos intentos.

En efecto, a los primeros fracasos le continuó la silenciosa y pertinaz cristalización de un nuevo período en la concepción y organización de la lucha armada en la que los nuevos reagrupamientos fueron modificando paulatinamente algunas de las características primigenias de la guerrilla argentina.

Ahora bien: la reiterada apelación a la presencia de la *Nueva Izquierda* contribuye, en parte, a explicar la proliferación de las guerrillas en los sesenta, pero no el cambio sustancial que operó en su accionar desde la segunda mitad de la década, cuyo elemento distintivo lo constituyó la irrupción de la guerrilla urbana en casi todo el continente.

Sería ingenuo creer que dichos cambios fueron producto de un repentino descubrimiento de la estructura económica y social de varios países de América latina donde, como en la Argentina, la mayoría explotada estaba constituida por trabajadores urbanos. Si bien es cierta que dicha caracterización es subrayada en los pocos documentos producidos por las nuevas organizaciones guerrilleras, no es menos cierto que la misma ya había sido ampliamente difundida por otras organizaciones de la izquierda no armada, constituyendo una certeza aceptada mayoritariamente. La explicación, sin dudas, está en otro lado.

En efecto, desde aquella afirmación del Che, en 1961, consagratoria de la guerrilla rural como método de lucha revolucionaria por excelencia,¹ y la declaración de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en agosto de 1967, en donde dicha referencia puntual desapareció,² se desarrollaron dos procesos que propiciaron la implantación de la guerrilla urbana: en primer término, la inocultable secuencia de fracasos de las guerrillas rurales, inclusive en países con grandes concentraciones campesinas; en segundo lugar, el curso que siguió la Revolución Cubana a partir de su incorporación a la órbita de la Unión Soviética.

En los primeros sesenta, no menos de quince guerrillas, casi todas especialmente entrenadas en Cuba, comenzaron a operar en Panamá, Nicaragua, Ecuador, Perú, Guatemala, Honduras, Paraguay, República Dominicana, Venezuela, Santo Domingo, Brasil y Argentina. En todos los casos

—en algunos países las experiencias fueron reiteradas—, culminaron en estrepitosas derrotas y con la enorme mayoría de sus combatientes muertos o presos.

Paralelamente a esta sucesión de derrotas, y tras la llamada *crisis de los misiles*, la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética estableció un precario equilibrio que incorporó, como una de sus monedas de cambio, tanto la inviolabilidad del territorio cubano como el fin de la “exportación” revolucionaria.

El reflejo inmediato de este complejo proceso implicó, en la dirección de la Revolución Cubana, un rápido repliegue a posiciones más conservadoras que se evidenciaron en su defensa de la revolución fronteras adentro. La posición internacionalista representada por el Che, que convocaba a la lucha armada en todo el continente y contribuía con su desarrollo práctico, quedó en franca soledad.³ Justamente, su representación más dramática la constituyó la desesperada búsqueda de Guevara por encender una nueva hoguera revolucionaria. Los resultados le fueron adversos: la guerrilla que inspiró en la defensa de la Revolución Cubana, el internacionalismo y la reivindicación del *hombre nuevo* representó sus últimos actos en las campañas del Congo (abril-noviembre de 1965) y de Bolivia (octubre 1966-octubre 1967).

Desde entonces, la hegemonía de las posiciones soviéticas y su política de coexistencia pacífica dentro de la dirección cubana —aún con notorios conflictos internos—, y el abrumador peso de las derrotas guerrilleras (particularmente las del Che), promovieron en los nuevos movimientos armados cierto proceso de *nacionalización* de sus contenidos que implicó un intento por descifrar, aunque muy precariamente, los principales factores económicos, sociales y políticos de los procesos revolucionarios locales. Las reivindicaciones generales y amplias de las primeras guerrillas nómades dieron paso a un rediseño de la estrategia guerrillera y la gestación de *políticas armadas*, basadas en la relación con los sujetos sociales propios del país. Tras el período foquista puro, entonces, se abrió una etapa transicional que culminó con la formación de las llamadas “organizaciones político-militares”. No se trató de un cambio logístico, sino de orientación política y, por lo tanto, organizacional. No es de extrañar que en los años ‘70, cuando el nuevo rumbo quedó defi-

nitivamente afirmado, las organizaciones consagradas a la lucha armada contarán con trabajos en frentes de masas, organizaciones de superficie y numerosos medios de difusión, impensables en sus predecesoras sesentistas.

En este marco de grandes tensiones y profundos cambios estratégicos dentro de las organizaciones revolucionarias surge y se desarrolla una de las más importantes organizaciones guerrilleras de nuestro país: las Fuerzas Argentinas de Liberación.

Tres momentos

Una primera aproximación a las FAL nos permite señalar tres momentos en su desarrollo, claramente diferenciados.

El primero corresponde al proceso de constitución y consolidación del núcleo originario; se inició hacia fines de 1958 y se prolongó hasta mediados de la década siguiente. Por entonces, los primeros militantes se organizaron detrás de una propuesta que pretendía superar las limitaciones del reformismo comunista y socialista y el elitismo de las diferentes expresiones de lo que consideraban la *izquierda académica*. Para ello apostaron a redoblar el trabajo en el seno de la clase obrera, profundizar en la formación teórica y política y acumular una vasta experiencia militar con vistas a sumarse en un futuro proceso insurreccional de masas. Las primeras dos aspiraciones, con algunas diferencias de matices, eran, al fin y al cabo, compartidas por casi todo el universo de la izquierda no reformista; la cuestión armada, planteada como táctica más o menos inmediata, en cambio, tenía un carácter novedoso, más aún al tratarse de un grupo que no se reconocía como guerrilla.⁴ En efecto, para ellos la cuestión armada no giró en torno a la teoría del *foco* de inspiración guevariana ni del proceso cubano⁵ que acontecía en paralelo a su formación; su propuesta, en la más pura clave leninista, apuntó como estrategia final a la formación de un Estado Mayor de destacamentos insurgentes. La tarea que impuso Lenin “sin perder un solo minuto”⁶ a las puertas mismas de la Revolución de Octubre, fue tomada a pie juntillas por sus jóvenes seguidores argentinos, quienes, sin más preámbulos, se lanzaron a llenar el vacío con una célula disciplinada y entregada por entero al arte de la insurrección.

El curso de la situación política argentina contribuyó a sostener el nuevo rumbo. En efecto, entre enero de 1959 y marzo de 1960 la agitación obrera y estudiantil dio muestras de serios retrocesos, en especial por la ocupación por parte del Ejército de las instalaciones del Frigorífico Municipal de Buenos Aires, las derrotas sindicales de los trabajadores bancarios, petroleros, ferroviarios y el decepcionante desenlace de la agitación estudiantil a favor de la educación laica. La implementación del represivo Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), el 13 de marzo de 1960, constituyó el corolario que marcó, en la naciente organización, un mayor repliegue sobre las estructuras clandestinas, el relegamiento de las esporádicas intervenciones en los frentes de masas y la dedicación casi exclusiva a la realización de operaciones tendientes a obtener recursos económicos y acopio de armamentos. La minuciosidad en la preparación de sus acciones y el éxito alcanzado en la mayoría de ellas contribuyó a la instalación de cierto culto de la técnica y la logística que, a la vez que reforzó la práctica militar, limitó su incorporación a los frentes de masas. No es de extrañar entonces que, a pesar de haber estructurado una organización de varias decenas de militantes y simpatizantes, carecieran de un nombre que los identificara y de un órgano de difusión, inequívocas señales de su creciente divorcio con la práctica social de la política.

A esta primera etapa le continuó otra, entre 1965 y 1969, que podríamos definir de transicional, en el curso de la cual el grupo abandonó su original proyecto militar insurreccionalista y adquirió una clara identidad de guerrilla urbana. Por entonces, en el marco de una intensa lucha interna, dos tendencias se disputaron la hegemonía de la conducción: una, la de la dirección original, continuaba apostando a una selecta preparación militar y a un crecimiento larval, cuidando de mantener el más absoluto secreto sobre su existencia; la otra, fuertemente influenciada por el guevarismo y alentada por algunos de los miembros más jóvenes de la organización, propiciaba romper con la paciente espera y multiplicar el accionar guerrillero, al que entendían como un generador de conciencia. Durante los dos primeros años predominó cierto inmovilismo que puso al borde de la fractura a la organización; las cosas comenzaron a cambiar en 1968, cuando los jóve-

nes impusieron su predominio numérico y político. La nueva conducción aceleró los tiempos, propició el acercamiento a otras organizaciones afines y la realización de algunos de los golpes más resonantes de la década, como la ocupación de un vivac del ejército en Campo de Mayo, el 5 de abril de 1969.

Entre fines de 1969 y mediados de 1971, el pequeño grupo de combatientes experimentó una mutación aún mayor. En esta última etapa la organización se hizo pública, transformó su estructura y alcanzó su máximo desarrollo. En efecto, el acercamiento a otros grupos con planteos análogos fue conformando una virtual unión de todos ellos, legitimada por una misma elección de la forma de lucha. Sosteniendo la llamada *teoría de los afluentes*, pretendieron llevar a cabo una experiencia inédita en nuestro país: conformar un comando único revolucionario para centralizar la acción de numerosas vertientes independientes, pero dispuestas a construir en el transcurso de la lucha los instrumentos (partido, frente de liberación y ejército popular) que consideraron decisivos para llevar adelante la revolución.⁷ La ocasión de operar conjuntamente no tardó en presentarse y en abril de 1970, con el secuestro del cónsul del Paraguay en la Argentina, dos grupos sellaron su sociedad bajo la sigla FAL.⁸ La magnitud que alcanzó la operación y el planteo de crear un frente político militar de características no excluyentes —“no queremos una revolución de élites armadas”, decían⁹— operó como un efectivo catalizador, y en unos pocos meses varias agrupaciones se estructuraron bajo el mando de una dirección colegiada.

Sin embargo, el fino hilo de la unión, limitado al puro accionar, muy pronto reveló sus límites y la organización entró en una vertiginosa crisis terminal, disgregándose en un mar de críticas, cuestionamientos y deserciones disparadas por la falta de definiciones, propuestas y consensos políticos comunes.

A partir de entonces y hasta poco después del golpe militar de 1976, la sigla FAL continuó apareciendo con algunas variaciones (FAL Che, FAL 22 de agosto, FAL América en Armas, etc.) pero no ya identificando a columnas autónomas de una misma federación, sino a organizaciones guerrilleras que hicieron propia la trayectoria de la organización madre desaparecida.

Pero volvamos al principio.

Al principio fue ... la fracción

A mediados de la década de 1950, la intensa actividad política e intelectual que venía desarrollando el profesor Silvio Frondizi y unos pocos estudiantes que lo acompañaban trocó en la formación de un nuevo agrupamiento revolucionario. Frondizi, parejamente distante de las organizaciones de la izquierda tradicional, creyó oportuno reconvertir su primigenio grupo *Praxis*, inclinado al análisis y la elaboración teórica, y relanzarlo hacia la intervención política práctica, formando una nueva organización, el MIR-Praxis, que a fines de la década contaba con un centenar de militantes.¹⁰

Hacia 1958, en Lomas de Zamora, zona al sur de la ciudad de Buenos Aires, el MIR-Praxis contaba con una pequeña pero entusiasta célula donde se destacaban cuatro militantes: el delegado bancario Juan Carlos Cibelli, el profesor de química Juan Gerardo Pouzadela y los estudiantes Jorge y Ricardo.

Pouzadela y Ricardo se habían iniciado políticamente en las filas del Partido Comunista donde habían cimentado una sólida formación política. No es de extrañar que fueran ellos quienes impulsaran la aparición de la revista *Llamada*, una encendida publicación mimeografiada que apareció, no sin dificultades, durante esos meses. También se encargaron de despejar cualquier duda sobre su identidad e inspiración política; bajo el volcánico título que presidía a la edición, aparecía una significativa frase de Lenin: “*Perecer o lanzarse adelante a todo vapor*”. Todo un presagio de lo que se avecinaba.

Durante la segunda mitad de aquel año, en el marco de las primeras tribulaciones del gobierno frondizista, la pequeña célula experimentó un considerable crecimiento. La llamada *Batalla del Petróleo*, desencadenada en julio como consecuencia de los convenios firmados entre el Estado y varias empresas extranjeras, provocó intensos debates sobre la soberanía nacional y la necesidad de contar con proyectos de desarrollo independientes. Por otra parte, los coqueteos iniciales del gobierno con los gremios peronistas comenzaron a deshilvanarse con rapidez y los

primeros conflictos sindicales ganaron las calles de la mano de los médicos, el personal de la justicia y los bancarios. Cuando en setiembre los estudiantes se sumaron a la protesta, la célula de *Praxis* creyó tocar el cielo con las manos. En unos pocos meses habían reunido a unos 15 simpatizantes.

También por entonces comenzaron las divergencias entre la dirección de la célula y la del MIR-*Praxis*. Los primeros, embriagados por el calor de las luchas estudiantiles y gremiales en las que se hallaban envueltos, miraban con creciente recelo a su conducción nacional, a la que relacionaban más con la elaboración intelectual en un gabinete de estudio que con la práctica revolucionaria “concreta”. “Silvio, que en el panorama local era todo un adelantado” —señalan algunos de los pioneros— “nos había marcado definitivamente, legándonos la impronta de ser nosotros mismos. Y nosotros, siguiendo ese mandato, arremetimos contra la dirección a la que acusamos de quietista, teórica y profesoral. Para nosotros, había que dejar todo eso atrás y marchar con los obreros”.¹¹ El planteo, sin dudas, se hacía eco de algunas de las tensiones que atravesaban a la izquierda argentina y en especial cuestionaba el lugar que se le otorgaba a la teoría y a la práctica en el proceso revolucionario nacional.

De esta manera quedaron delimitadas dos posiciones. Mientras que para Silvio Frondizi el MIR-*Praxis* venía trabajando firmemente “para poner en línea de batalla al mejor equipo doctrinario del país”¹², para Cibelli y sus compañeros, en cambio, la organización se confinaba al campo de las ideas, alejándose por completo del “movimiento real”. Desde esta perspectiva, plantearon su radical cambio de rumbo “abandonando lo culturoso, para ir al barro y embarrarse”.¹³

Semejante formulación antiintelectual no era nueva dentro de los grupos marxistas, pero en los albores de los ‘60 representó el antecedente más inmediato de lo que sería uno de los puntos de apoyo de la *Nueva Izquierda*.

La apelación a la búsqueda de un sujeto revolucionario con el que poder identificarse debía enfrentar, sin embargo, una seria dificultad: las masas peronistas. En efecto, la postura frente al peronismo dividió aguas en la izquierda local. Silvio Frondizi, apoyándose en la categoría de bonapar-

tismo, se había distanciado de las formulaciones reaccionarias ensayadas por los partidos Comunista y Socialista que, sin medias tintas, caracterizaron al peronismo como un particular movimiento neofascista. Curiosamente, los principales animadores de la regional sur de *Praxis* coincidieron con estos últimos, por lo que a la vez que formulaban un ir hacia los trabajadores, se distanciaban del grueso de ellos. Su planteo de “embarrarse”, pues, implicaba una notable contradicción. Pero mientras esta contradicción se abría paso paulatinamente, el antiintelectualismo del planteo inicial forzó la ruptura.

Ahora bien, basados en el planteo de que la influencia del peronismo en las masas impedía que éstas conformaran una herramienta de clase independiente, concebían la “garantía” revolucionaria en una organización cerrada de cuadros marxistas; en su imaginario, sobre éstos recaía la responsabilidad de llevar a buen puerto el proceso revolucionario, en donde la organización de la violencia tenía un lugar preponderante. Su formulación de acumular experiencia militar, entonces, estaba estrechamente relacionada con la certeza de contar sólo con la propia organización profesional: ésta, en definitiva, era quién intervendría con la suma del saber y la experiencia en el momento oportuno. El antiintelectualismo obrerista de los inicios cedió rápidamente su lugar al fetichismo de la organización.

A fines de 1958 Cibelli y Ricardo expusieron estas posiciones en un plenario de *Praxis*. La propuesta, como era previsible, fue desestimada por una abrumadora mayoría. La dirección de *Praxis* prefirió no intervenir ni tomar medidas especiales en la regional y dejó que sus militantes eligieran en libertad de acción los pasos a seguir; éstos, en bloque, optaron por separarse de la organización.

Consumado el cisma en *Praxis*, la dirección rupturista delineó con rapidez el nuevo curso a seguir. Su pretendida crítica radical, sin embargo, encerraba una vuelta a formas organizativas tradicionales. En efecto, decididos a estructurar una organización clandestina de viejo cuño leninista, optaron por dar un lugar en la nueva formación a los militantes más disciplinados y entregados a la revolución que, según su curiosa interpretación, eran sólo ellos mismos. Impugnaron, pues, la participación de la gran mayoría de sus compañeros a quienes despidieron alegando una su-



León Poch

puesta autodisolución. Era la segunda fractura que propiciaban en pocos días. La organización que alentaban nacía bajo el signo de la exclusión.

En la primera semana de enero de 1959, mientras en la lejana Cuba las milicias castristas sacudían la política internacional, Cibelli, Pérez, Ricardo y Pouzadela se reunían en una modesta casilla de madera que éste último había conseguido en el Camino de Cintura, a la altura de La Salada, y formalmente daban vida a una nueva agrupación.

Desde entonces, destinaron cada fin de semana al estudio de los más diversos temas, desde la actualidad nacional hasta la historia del PCUS. Consumían ávidamente libros y folletos, aunque la guía fundamental seguía siendo *El Estado y la revolución*. Además, adoptaron el organigrama de Praxis de contar con un “especialista” en cada una de las principales áreas de análisis. Así, Cibelli se encargó de las cuestiones económicas, Jorge Pérez de la realidad latinoamericana, y Ricardo y Pouzadela, quien por entonces adoptó el poco modesto seudónimo de Lemar (Lenin-Marx), se ocuparon de analizar el panorama político local y de trazar las tareas prácticas.

A la par que profundizaron su preparación intelectual, desarrollaron su primera “actividad sindical”, consistente en proveer alimentos a los trabajadores en huelga de un frigorífico de Monte Grande. La actividad no era muy consagratoria para la pequeña célula de revolucionarios, pero los acercó, de alguna manera, a su ansiada meta de “embarrarse”. Sumaron, además, los contactos bancarios de Cibelli y algunos trabajadores ferroviarios, lo que contribuyó a reforzar los ánimos.

Por lo demás, el grupo se movía en la más absoluta clandestinidad. No sólo carecían de nombre, sino también de una publicación periódica, y sólo con el tiempo emprendieron la edición de boletines y gacetillas de exclusivo uso interno.

El crecimiento era lento. Los simpatizantes eran sometidos a rigurosas pruebas de filtro y tras un período de examinación —que podía llegar a durar más de un año— los “elegidos” accedían a la categoría de militante.

La dirección creía no dejar nada al azar. Disponía de todos los datos referidos a la vida del simpatizante y llevaba un minucioso registro de sus horarios y actividades para su posible utilización

cuando la organización lo creyera oportuno. El control de los contactos llegaba a niveles paroxífticos. Por ejemplo, simulando ser policías de civil —con documentación y armas reglamentarias— “detenían” en la calle a los aspirantes, generalmente a la salida de alguna reunión, para evaluar si conocían correctamente lo que denominaban *el minuto conspirativo*, una suerte de respuestas preparadas ante una eventual detención por parte de las fuerzas de seguridad. No era esta la única ficción pensada por el núcleo dirigente. Los contactos, por ejemplo, recibían una descripción de las fuerzas de la organización por completo sobredimensionada, con el ánimo de crear en ellos una suerte de mística sobre el poder y alcance de su estructura.

Entre 1959 y 1960 iniciaron su preparación militar. Para ello, y siguiendo la simple idea de elegir un territorio agreste y despoblado, escogieron como campo de entrenamiento la laguna Vitel, próxima a la de Chascomús. Allí realizaron caminatas con pesadas mochilas, prácticas de supervivencia y ejercicios físicos. Tiempo después, cuando los cubanos los invitaron a la isla para recibir entrenamiento en tácticas de guerra de guerrillas, declinaron el ofrecimiento alegando serias diferencias políticas. En especial, descreían de la guerrilla como único método revolucionario, y en el campesinado como sujeto revolucionario por excelencia. Por el contrario, planteaban una revolución hegemónicamente obrera y apostaban al estallido de una insurrección en las ciudades en donde precisarían un poder de fuego mucho mayor que el necesario en el campo o las montañas. Su meta no era la constitución de focos guerrilleros, sino de grupos operativos que debían acumular fuerzas y experiencias para un enfrentamiento en gran escala. Desde su concepción, el entrenamiento deseado era para dirigir grandes unidades militares, artillería pesada, blindados e, inclusive, aviones de combate, cuyo manejo, coordinado con la insurrección urbana, constituiría la llave de acceso al poder. Por supuesto, todo esto era incompatible con el proyecto cubano, y Cibelli y sus compañeros continuaron, cada tanto, entrenando en su laguna.

Por otro lado, el grupo siguió trabajando modestamente con la gente de los barrios y de las zonas asoladas por las inundaciones, como Lanús, donde en 1961 incorporaron a Alejandro Bal-

dú, quien tanta gravitación tendría dentro de la organización en los años venideros. Las tareas se combinaban con charlas teóricas, donde se diferenciaban tanto de trotskistas y comunistas como de peronistas, “un mal que había que negar, lo que las masas no tardarían en descubrir”.¹⁴

Los primeros operativos

Las acciones iniciales tendieron a satisfacer una acumulación primitiva de armamentos, carencia que reñía con su identidad de embrionario “Estado Mayor”. Si bien la dirección era audaz y se planteaba acceder a los centros neurálgicos del enemigo, por el momento decidió comenzar por sus inmediaciones y el primer blanco escogido fue el Instituto Geográfico Militar, ubicado en Cabildo al 300 de la Capital Federal.

La planificación de la operación implicó casi un año de trabajo en el que realizaron planos internos y chequearon innumerables veces los horarios de vigilancia. También monitorearon el tránsito vehicular y peatonal en las calles y aceras cercanas y hasta apostaron parejas de militantes contra los muros del IGM para comprobar la reacción de los guardias. Finalmente, a fines de mayo de 1962, tras dar por concluidas las tareas de inteligencia y control, realizaron una reunión general en la casilla de La Salada para revisar y pasar en limpio el operativo. “Era la primera vez que todos se veían las caras” –recuerda uno de los participantes–. “Fue impresionante y emotivo ¡éramos tantos!, pero sólo la dirección sabía que esa era toda la organización. El resto pensaba que era sólo una parte”. Los dirigentes dieron muestras de una obsesiva planificación “llaves, planos, fotos... ¡faltaba Lenin!”.¹⁵

En la madrugada del 16 de junio se puso en práctica lo que tan cuidadosamente se había orquestado. Una escalera de sogas sobre el muro de una calle lateral permitió escalar hasta los alambres de púas que coronaban la medianera y, tras cortarlos, ingresaron al establecimiento en dos grupos.

Ya adentro, constataron que oficiales y conscriptos dormían, y se dirigieron directamente a la Sala de Armas, de donde sacaron un valioso botín: 42 pistolas 11,25 mm; 2 FAL y 5 ametralladoras PAM y Halcón. Presurosamente cargaron las armas en varios bolsos, salieron y los deposita-

ron en el único vehículo –un taxi– que tenían esperando.

Tras media hora de trabajo, el objetivo se había cumplido. Sólo restaba un singular colofón. En efecto, el plan incluía hacer pasar la operación como un robo realizado por la misma fracción del ejército que dirigía el IGM, para provocar un recalentamiento en la interna de la Fuerza que venían sosteniendo “azules” y “colorados”. Para ello, dejaron en el piso un boleto de tren marcado con el nombre de una localidad donde residían varios oficiales “colorados”, entre ellos el jefe de la institución, como “prueba” de su culpabilidad. La anécdota no es un detalle menor; por el contrario, señala hasta dónde las especulaciones “logísticas” más ingenuas ocupaban la mente de algunos de los primeros dirigentes guerrilleros del país.

La operación, mantenida oficialmente en la más absoluta reserva, pasó desapercibida para los medios. Sólo el diario *Clarín*, ocho días más tarde, publicó unas pocas líneas informando sobre la desaparición del armamento.

Pero no todo fue indiferencia. En el IGM hubo un prolijo interrogatorio a cada uno de los conscriptos y oficiales que allí cumplían alguna tarea, aunque la inteligencia militar no llegó a ninguna conclusión contundente. Del otro lado, los festejos fueron profusos. Se había sorteado con exactitud, seguridad y éxito la primera gran prueba. Y ahora contaban con sobrado armamento para realizar sus prácticas.

A partir del operativo del IGM el grupo experimentó una auténtica explosión demográfica. La idea dominante acerca del rol aglutinante de la acción halló su más resonante certificación. Varios militantes solicitaron ingresar en la organización, y los contactos y simpatizantes se multiplicaron a tal grado que la dirección creyó conveniente estructurar una red de casas donde deberían funcionar las nuevas células. Para sostener tal estructura gestaron un ambicioso cronograma de “operativos financieros” que les brindarían los necesarios recursos económicos. Y en poco tiempo, combinando contactos bancarios y gráficos, lograron reproducir formularios de pedidos de chequeras de cuentas especialmente seleccionadas, con las cuales realizaron abultados retiros de fondos en los bancos Provincia y Nación.

El aumento de las operaciones de acumulación

económica y de sustracción de armas a agentes de la policía, que por entonces se implementaron como parte de la preparación, planteó la necesidad de crear un “santuario” de protección para los militantes con probables o declarados problemas de seguridad. A tal fin, se montó una regional con todos los elementos necesarios (dinero, casa, documentos) para recibir a los militantes amenazados. Se escogió crearlo en la provincia de Tucumán, en donde una serie de contactos aseguraban una implantación más o menos rápida. Sin pausa, la organización multiplicaba su estructura. Desde entonces, el camino de la acción militar no conocería retorno.

Pero no todo marchaba sobre rieles.

Paulatinamente, el grupo fundador había dejado de funcionar como una dirección homogénea. *Lemar* y Jorge se habían retirado de la organización: el primero, manifestando desacuerdos con la realización del operativo del IGM; el segundo, alegando incompatibilidades políticas, había emigrado hacia el grupo que alentaba Jorge Rearte. Por otra parte, Cibelli sufrió un serio problema de salud que lo obligó a guardar reposo absoluto durante un año. Sólo Ricardo se mantenía activo, pero también él manifestaba cambios que influirían seriamente en la organización.

En efecto, una sensación de sospecha permanente se instaló en el único referente “histórico” de la organización, quien no dejó de oponerse a la realización de casi todos los nuevos operativos. Todo lo que cuidadosamente se planificaba, terminaba inexorablemente abortado por sus presunciones de infiltración, seguimientos y hasta probable delación. Paulatinamente, la inactividad y la impotencia ganaron terreno, sobre todo en los cuadros medios, que vieron frustradas sus intenciones de actuar. La suspensión de uno de los operativos mejor planificados, el asalto al Banco Popular, funcionó como detonante y varios militantes plantearon la necesidad de reorganizar al grupo.

Un sector de la organización, formado entre otros por Baldú, Bjellis y Caribello, forzó la separación de Ricardo de la dirección, se hizo cargo de la misma y dispuso, en un acto refundacional, la reactivación del viejo operativo contra el Banco Popular. Todo fue cuidadosamente pensado y revisado, una vez más. Finalmente la acción se

realizó con éxito y les deparó una millonaria cifra. Todo indicaba, pues, que se podía volver a la actividad.

Un cambio de táctica

Hacia 1968, el panorama político nacional comenzaba a dar muestras de una renovada espiral de protesta. La sucesión de conflictos sindicales y estudiantiles ganaba, una vez más, el plano central de la situación. Paralelamente, los cambios suscitados en la dirección del grupo implicaron la reorientación del mismo. Los nuevos dirigentes dieron por terminada la etapa primitiva de silenciosa acumulación de experiencia para dar paso a otra, de presentación pública, declarada, y donde la acción del grupo combatiente aceleraría el ritmo de la concientización de las masas y del proceso revolucionario.

En términos operativos, había que pasar a otra etapa del enfrentamiento. Se imponía un ataque frontal al corazón mismo del aparato militar: ni más ni menos que el Regimiento nº 1 de Infantería de Patricios, en Campo de Mayo, donde se hallaban almacenados alrededor de 600 FAL. La operación era de una audacia inédita y constituyó la primera vez en el país que una organización de izquierda intentó la toma de un cuartel de las Fuerzas Armadas. Si creyeron estar preparados para dar un salto cualitativo en el desarrollo de la organización, la magnitud del blanco escogido acompañaba sus expectativas.

El operativo implicaba un enorme esfuerzo logístico, pero los recursos obtenidos en el asalto al Banco Popular allanaron el camino. Alejandro Baldú fue el encargado de adquirir todo el material necesario, que no fue poco ni modesto. Bajo la identidad de Héctor Albano compró al contado un camión Mercedes Benz y un jeep similar a los utilizados por el ejército. También adquirió cuatro gomas nuevas para el camión y encargó un contenedor con 1.800 kilos de caramelos, que sería utilizado para esconder las armas capturadas hasta su traslado a una casa en Mar del Plata, recientemente alquilada.

El 5 de abril de 1969, a las tres de la madrugada, el camión y el jeep –mimetizados con papel autoadhesivo verde oliva– irrumpieron por la puerta nº 4 del cuartel y se detuvieron junto a la

carpa de guardia. El cortejo llevaba un curioso batallón formado por un teniente coronel, un capitán, dos tenientes, un sargento y varios soldados, todos vestidos con uniformes comprados en la sastrería militar.

-“¡Quién está a cargo de este lugar!”, gritó el falso teniente coronel, con estudiada voz de mando. Los guardias de turno se sobresaltaron y en la confusión fueron rápidamente reducidos por el resto de los guerrilleros. El operativo marchaba según lo planeado, pero la decepción fue mayúscula cuando fueron en busca de los FAL: en efecto, los fusiles habían sido retirados el día anterior, previendo la frágil seguridad de su custodia durante el fin de semana siguiente, coincidente con la celebración de la Semana Santa. El saldo de la operación fue por demás magro: sólo siete armas. Pero había dejado una enseñanza colosal: desde una perspectiva puramente militar, se podían vulnerar los centros mismos de las Fuerzas Armadas.

La pérdida del botín no fue el único problema que debieron afrontar. En su escape dejaron numerosas pistas que condujeron a la inteligencia militar directamente hacia Baldú. Comenzaba a tejerse una nueva trama que concluiría con las primeras detenciones que sufriría el grupo. Baldú, por el momento, logró escapar a sus perseguidores, pero se investigaron sus relaciones y compañeros de trabajo, y poco a poco se fue dibujando el armado del comando. En poco tiempo más se identificó a Carlos D'Arruda, Carlos Alberto Malter Terrada y Sergio Bjellis, todos visitantes médicos, como aquél. Por otra parte, sin sospecharlo, la madre de Baldú brindó una nueva pista a las fuerzas de seguridad: los reiterados viajes de su hijo a Tucumán, que coincidían repetidamente con el de otro individuo: Juan Carlos Cibelli, quien fue localizado y detenido el 7 de mayo de 1969.

El operativo contra el vivac de Campo de Mayo fue para el grupo toda una presentación en sociedad. Aunque aún carecían de nombre oficial, la prensa hablaba de una “célula terrorista” (la banda de los “visitadores médicos”), con posibles vinculaciones políticas con el maoísmo y de una decisión y osadía fácilmente advertibles.

La era de las grandes operaciones urbanas había comenzado.

Los afluentes

a) El grupo Aguirre

Durante 1967 el proceso de crisis interna del Partido Comunista produjo su fracción más importante cuando varios sectores de la FJC (Federación Juvenil Comunista) y el MENAP (Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular) se agruparon alrededor de cuatro puntos: 1) crítica al Comité Central del PC por sus prácticas burocráticas; 2) oposición a la política de oportunismo sindical, manifestado en el seguidismo a la burocracia de la CGT; 3) oposición a encuadrarse en salidas políticas negociadas con los diferentes partidos y sectores de la burguesía y 4) militancia a favor de una política independiente de la clase obrera. El nuevo reagrupamiento se sostenía en la poderosa *fracción de Medicina*, originada en 1963, cuya influencia trató infructuosamente de ser neutralizada por medio de la expulsión de sus dirigentes más destacados. Cuando en setiembre de 1967 el secretario general de la FJC, Athos Fava, comunicó la decisión oficial de intervenir a toda la juventud partidaria y expulsar a los principales animadores de la fracción, la ruptura se consumó: el 6 de enero de 1968 quedó formado el Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (PC-CNRR) que, al constituirse, asumió dos nuevas diferencias con el Comité Central del PC: su apoyo a la OLAS y a la vía armada en la revolución argentina.

La formación del PC-CNRR implicó un largo proceso de confrontación ideológica que alcanzó a distintos sectores de la novísima agrupación, canalizada a través de debates internos y por medio de la difusión de numerosos boletines y publicaciones que abordaban cuestiones de teoría y orientación práctica. En uno de estos textos, de noviembre de 1968, se destacaba el rechazo a la vía pacífica de acceso al poder, la reivindicación de la lucha armada y la posición insurreccionalista sostenida en sus recientes “Tesis para el XIII Congreso” del Partido Comunista. El nuevo informe señalaba las limitaciones de la preparación militar propia y la necesidad de superarlas rápidamente, pero hacía especial hincapié en la subordinación a la teoría insurreccional de la clase obrera. A la vez, destacaba la negatividad de “las influencias foquistas que toman formalmente la construcción en la clase del Partido y la importan-



Clement Moreau

cia de que éste encabece los combates reivindicativos y políticos del proletariado, por cuanto piensan que, en definitiva, esas tareas serán resueltas por la simple instalación de un foco guerrillero”.¹⁶ La arremetida contra el foquismo no era casual. Por el contrario, intentaba salir al cruce de las posiciones sostenidas por un sector interno de creciente influencia, cuyo dirigente más importante era Luis María Aguirre.

Aguirre, médico delegado del Hospital Rawson, se había afiliado a la FJC en los inicios de los años ‘60, y realizó sus primeras tareas para el aparato partidario integrado a la célula de Retiro. Entre 1962 y 1963 viajó a Cuba, y a su regreso se incorporó a la estructura militar de la juventud, participando en los Comandos de Defensa Estudiantil Universitaria y en pequeñas acciones de preparación y acumulación de experiencia militar, como atentados a colectivos y trenes.

Sumado a la fracción de Medicina, profundizó su formación teórica en los cursos de marxismo que daba *Mote* Malamud; también de esos años son las primeras notas que escribieron juntos y firmaron como Camilo y Gervasio Zárate, respectivamente.

Cuando se oficializó el PC-CNRR, se integró a su incipiente equipo militar.

En marzo de 1969, como corolario de un extenso artículo, los Zárate dejaron planteada su posición: rechazaban de plano cualquier intento de “importar” los esquemas de las experiencias cubana, china y vietnamita, en tanto fueron sostenidas por una base social campesina inexistente en la Argentina. Subrayaban, sin embargo, la necesidad de “actualizar” dichas experiencias teniendo en cuenta las características propias del país.

Aunque no renegaban de la insurrección obrera como escenario fundamental para el triunfo de la revolución, caracterizaban de “espontaneísmo” la no preparación militar de la misma, preparación que atribuían a una vanguardia de revolucionarios profesionales.

Proclamaron, pues, la “necesidad de operar militarmente con anterioridad al momento de la insurrección” y, por tanto, la “necesidad de la creación previa de un ejército popular”. Para ellos había llegado la hora de “la formación técnica para la lucha armada” y del “dominio de las leyes de la

guerra de movimiento y guerra de guerrillas... arbitrando desde ya los medios que aseguren la integridad territorial mínima”. En ese contexto, el trabajo clandestino debía “triplicar sus recaudos”.¹⁷

En las instancias previas al primer Congreso Nacional del Partido Comunista Revolucionario (PCR, ex PC-CNRR) y en el marco de las jornadas de protesta del Cordobazo, el grupo de Aguirre planteó su premisa fundamental: la creación de un Ejército Revolucionario que, operando como guerrilla urbana, fuera incorporando comandos obreros preparados para enfrentar la represión organizada desde el Estado, y a la inminente intervención extranjera que, según sus análisis, desencadenaría la insurrección revolucionaria.

A la vez, paralelamente a sus planteos oficiales, llevaron a cabo una sostenida captación de cuadros militantes del partido, y realizaron pequeñas acciones de acumulación financiera y militar para garantizar su funcionamiento independiente. El accionar del grupo parece haber sido importante ya que un informe partidario subraya “que llegó en determinado momento a hacer peligrar la unidad del partido, por cuanto existieron posibilidades concretas de ruptura a nivel nacional y de varios comités de zona...”.¹⁸

Cuando las evidencias acumuladas de esta actividad fraccional fueron abrumadoras, se realizó “un tribunal revolucionario” y el grupo fue expulsado.

Tras su separación del PCR, Aguirre solidificó sus relaciones con el grupo de Baldú y Bjellis —a quienes conocía desde un tiempo atrás— planteando la posible fusión en una misma organización y colaborando en operaciones armadas conjuntas. Los acontecimientos que acompañaron la preparación de una de ellas precipitaron la unificación.

En efecto, a principios de 1970 ambos grupos diseñaron un plan para asaltar a un tren pagador en la localidad bonaerense de Luján. El operativo “Carola” era audaz: un comando de varios guerrilleros disfrazados de obreros ferroviarios cortaría el paso a la formación e indicaría el momento oportuno para que otro grupo redujera a la guardia y asaltara el vagón donde se hallaba el dinero; finalmente, se marcharían vestidos con uniformes de la aeronáutica en camionetas que prepararían especialmente para hacerlas pasar como propias de la fuerza. Pero mientras la operación

coabraba cuerpo, un hecho intervino en forma inesperada, frustrando todos los planes.

El 18 de marzo la policía allanó un galpón ubicado en la calle San Vicente 116, en Luján: buscaban reducidos de autos, tras una denuncia realizada por los vecinos. La sorpresa fue mayúscula cuando se encontraron con dos camiones similares a los que utilizaba la Fuerza Aérea, explosivos y numerosos uniformes militares. En el allanamiento fue detenido Carlos Dellanave, posteriormente sindicado como ex militante del PCR. Ante el descubrimiento, la policía dejó emboscados a algunos agentes, quienes a la noche siguiente detuvieron a Alejandro Baldú.

La detención de Dellanave fue rápidamente oficializada por la policía; la de Baldú, en cambio, negada sistemáticamente, auguraba un dramático desenlace. Las versiones indicaban que Baldú, torturado salvajemente, había muerto durante el interrogatorio o estaba en muy malas condiciones físicas, lo que impedía su presentación ante la justicia. El tiempo, pues, apremiaba. Sus compañeros entendieron necesario realizar una acción que echara luz sobre el caso y contribuyera a asegurar la vida de los detenidos.

Por entonces se había difundido el *Minimanual del guerrillero urbano*; escrito por el brasileño Carlos Marighella, constituía la más importante guía de acción de los grupos armados. En uno de sus puntos subrayaba: “El secuestro es la captura y custodia en el local secreto de un agente policiaco, un espía norteamericano, una personalidad política o un enemigo notorio y peligroso del movimiento revolucionario. El secuestro tiene por fin el canje o la liberación de compañeros revolucionarios presos, o la suspensión de torturas en los calabozos de la dictadura militar”.¹⁹ Es de creer que los guerrilleros argentinos conocían la “recomendación” de Marighella y se aventuraron a realizar, en una acción coordinada de ambos grupos, su primer secuestro.

Los primeros tramos de la operación resultaron un palmario fracaso. Escogieron como víctima a un miembro del cuerpo diplomático de Alemania en la Argentina, pero su escolta repelió a los tiros el intento de secuestro, y los guerrilleros se quedaron con las manos vacías. La prisa conspiraba contra una buena preparación del operativo. Faltaban datos de los posibles blancos, horarios,

movimientos, conocimientos de turnos de guardespaldas, etc., en síntesis, no se podía garantizar una acción exitosa contra una personalidad *notoria*. Restaba sacrificar la resonancia del nombre a favor de la rapidez y seguridad de la acción.

En este contexto, un aviso clasificado apareció en el diario del 24 de marzo constituyó una auténtica “bendición”. Waldemar Sánchez, cónsul paraguayo en Ituzaingó (Corrientes) ofrecía en venta un auto Mercedes Benz. Ese mismo día dos hombres se presentaron en un hotel del centro porteño donde Sánchez residía, con la intención de adquirir la unidad. Tras dar unas vueltas con el rodado, supuestamente para comprobar sus cualidades, el cónsul y su chofer fueron reducidos y amordazados; el segundo fue liberado de inmediato, Sánchez, en cambio, quedó en cautiverio. Pocas horas después, detrás del espejo del baño de damas de El Ibérico, un café de la Av. Córdoba, apareció el primer comunicado de la organización, intimando a la policía a mostrar frente al periodismo a los dos compañeros detenidos. “¿Cómo firmamos el comunicado?” había preguntado uno de los comandos. “Frente Argentino de Liberación”, sugirió Bjellis²⁰. Fue el acta de nacimiento de la nueva organización.

En un nuevo comunicado, del 27 de marzo, los guerrilleros subrayan: “Nuestra intención de capturar al cónsul paraguayo fue (...) solamente lograr que se presentara a la prensa a los compañeros Dellanave y Baldú, como un intento de parar la tortura y el asesinato. Llegamos tarde. Era evidente a esta altura de los acontecimientos que la dictadura asesina eliminó al compañero Baldú en la cámara de torturas...”.

Ese mismo día, la respuesta del gobierno de Onganía no se hizo esperar: desconoció el paradero de Baldú y ratificó la detención y el procesamiento de Dellanave, acusado de robo, asociación ilícita y conspiración para la rebelión.

Al día siguiente, las FAL liberaron a Sánchez. El plan se había cumplido sin obtener los resultados deseados.²¹ Baldú jamás apareció y Dellanave continuó detenido. Pero había emergido una nueva organización a la vida política argentina que, en breve, volvería a la primera plana de los diarios.

b) La Brigada Masetti

El proceso que se le inició a los guerrilleros del EGP, detenidos tras la debacle del foco salteño, generó cierto reagrupamiento en pos de organizar la solidaridad con los combatientes presos. Roberto Ciro Bustos, sobreviviente de aquella campaña, contribuyó a la tarea estableciendo los primeros contactos entre las dispersas fuerzas, y en poco tiempo dejó constituido una pequeña célula que tomó como preciada herencia la experiencia de Masetti. En esta etapa embrionaria de su formación, asistieron a los presos del EGP, difundieron sus proclamas y hasta inspeccionaron nuevamente la región salteña para evaluar un posible relanzamiento foquista, aunque finalmente desistieron de hacerlo.

Entre 1964 y 1966 el grupo mantuvo un perfil austero, de preparación física, acumulación cuantitativa y experimentación de sus rudimentarios conocimientos guerrilleros, realizando pequeñas acciones de propaganda armada como la colocación de explosivos de escaso poder, a las que llamaban *semillas*, que causaron más ruido que destrozos. En cambio, la primera acción de cierta envergadura —la voladura de un puente ubicado en la ruta 2— debió postergarse, frustrándose también la aparición pública de un nombre tentativo de la organización: Grupo Urbano de Resistencia (GUR), nombre pionero al admitir el cambio de la estrategia rural por la lucha en las ciudades. Pero, por el momento, también la nominación quedó para más adelante.

En esos años iniciales comenzaron a encolumnarse los primeros militantes tras un planteo guevarista elemental: revolución, liberación nacional, el *hombre nuevo* y la lucha armada. Eso bastaba para inflamarlos y unirlos.

En términos generales provinieron de diversas corrientes políticas y de la Resistencia. Los más hicieron su experiencia en los partidos Comunista y Socialista. Además, también contaron con la incorporación de los primeros presos del EGP de Masetti que recuperaron su libertad, como Carlos Bandoni y Carlos Bellomo. De esos años datan sus relaciones con otros grupos, como el MNRT (Movimiento Nacional Revolucionario Tacuara) de Fianza y la ANDE (Agrupación Nacional de Estudiantes). Las diferencias políticas poco importaban y solían zanjarse a partir de la pura ac-

ción. También es la etapa de su intensa preparación física en las zonas pantanosas de las localidades de Otamendi (Paraná) y Las Catonas (Moreno), un lugar poco poblado que contaba con la invaluable presencia de un arroyo. Como en casi todos los grupos armados de aquellos años, el entrenamiento militar incluía el “levantamiento” de automóviles y la extracción de armas a agentes de la policía, generalmente efectuados por inexpertos militantes acompañados por los “veteranos”.

La presencia del Che en Bolivia conmocionó al pequeño grupo que no tardó en prestar su colaboración en la confección de documentos para Tania, la emblemática guerrillera que por entonces estaba en Córdoba, y para Roberto Ciro Bustos, y aunque no hay testimonios de su posible incorporación al ELN en formación para apoyar a la guerrilla del Che, seguramente no hubieran desoído el convite.

En 1967, algunos integrantes del grupo viajaron a Cuba donde mantuvieron estrecha relación con Emilio Jáuregui, Faustino Stamponi y algunos militantes del grupo Cristianismo y Revolución, que dirigía Juan García Elorrio. La influencia cubana debió ser notable porque, tras su regreso de la isla, la organización modificó su estructura. Se hizo más orgánica, tendió a especializar militarmente sus células (explosivos, inteligencia), diseñó y efectuó operaciones de mayor complejidad y privilegió las relaciones con diversas organizaciones hermanas. También comenzó a editar boletines donde definieron cuestiones de preparación militar y seguridad. En poco tiempo contó con disciplinados militantes organizados en dos columnas urbanas cuyo sostenido crecimiento alimentaba sus expectativas: en el cálculo de algunos de sus miembros alcanzaron a contar con alrededor de 70 combatientes y un número mayor de colaboradores que brindaban apoyo en diferentes tareas.²²

Entre 1968 y 1970 la relación que mantuvieron con otras formaciones similares comenzó a dar sus frutos. Muy pronto se les sumó una agrupación de estudiantes cristianos de Rosario y otra de la ciudad de La Plata, que había roto recientemente con el MIRA. También estrecharon relaciones con otro grupo platense: “Los perritos”, nombre que recibieron por su táctica de secuestrar perros de raza para pedir rescate por ellos

Un elemento que los caracterizó fue su enfático rechazo a las teorizaciones políticas, subrayando la preeminencia de la acción práctica sobre la elaboración teórica; destacaban su “reacción contra todos esos mamotretos en los que se definía todo”, a la par que reivindicaban, casi como una garantía revolucionaria, que “teníamos muy poco elaborado”.²³ La acción los convocaba con urgencia y dejaron, para las generaciones venideras, el análisis, el estudio y la teorización del proceso que transitaban. El desapego, que en algunos casos llegó a ser un palmario desprecio, por acompañar la acción revolucionaria con una teoría revolucionaria se mantuvo inalterable.

Pero, por otra parte, la falta de precisiones y definiciones políticas que exhibieron en la llamada “línea no explícita” que animaban, les dio una amplitud ideológica inédita en la izquierda vernácula. Su permeabilidad al populismo peronista —al cual evitaban definir para no ser excluyentes con críticos y seguidores— y su rechazo a todo dogmatismo se expresaba claramente en las citas —de Eva Perón y los evangelios, por ejemplo— que, ajenas a los santuarios de la izquierda revolucionaria, publicaban en sus boletines, sacando de quicio a los marxistas más ortodoxos.

En los primeros meses de 1970 la dirección del grupo definió su incorporación a la recientemente creada FAL, organización con la que venían sosteniendo discusiones en vistas a una posible unificación. La diversidad de matices políticos propios le permitió priorizar el acto mismo de la unión y dejar para más adelante el proceso de conciliación de ideas. Por el momento, les bastaba la conciliación en las acciones. Finalmente la fusión se concretó e incorporaron dos militantes a la dirección unificada.

Poco después, el 25 de setiembre de 1970, asaltaron el vagón postal de El Rosarino, lo que constituyó su primera acción de envergadura como columna independiente de las FAL.

La operación, firmada como Comando Juana Azurduy de las FAL, les deparó una sustanciosa cantidad de dinero y la invaluable seguridad de contar con una sólida capacidad de planificación y ejecución. También fue aprovechada para rubricar, comunicado mediante, el camino emprendido: “El dinero con el que ellos corrompen, que utilizan para pagar traidores, adulones, asesinos y

burócratas, que usan para perpetuar un sistema de explotación del hombre por el hombre, al que desfachatadamente denominan mundo occidental y cristiano; ese dinero, decimos, ha comenzado a servir, a través de las FAL y de otras organizaciones hermanas, para liberar al hombre, para arrancarlo, incluso, de su pérfida influencia. Asimismo, prometemos que las armas, que como ésta pasan a manos del pueblo, no se han de oxidar. Servirán para destruir a la dictadura que ha montado un vasto dispositivo de acción destinado a embretar a los argentinos en una nueva farsa electoral. Ni golpe ni elección: revolución”²⁴.

La incorporación formal a las FAL y la acción de El Rosarino marcaron un cambio sustantivo en la organización: de la acumulación primitiva de fuerzas se pasó a formar parte de un proyecto de mayores dimensiones políticas, y de las pequeñas acciones de propaganda al enfrentamiento desembozado. Para la mayoría de sus militantes el período de clandestinidad absoluta había terminado; los servicios de inteligencia estaban alertados del creciente accionar de los diversos grupos guerrilleros y mantener el secreto sobre sus actividades —concluyeron— ya no tenía sentido.

A las 11 de la noche del 8 de octubre de 1970 realizaron su segunda operación pública: tomaron la radioemisora Music House, en pleno centro de la capital de Córdoba, y obligaron a sus operadores a pasar la Marcha de San Lorenzo y una proclama.

“Hoy, a tres años de la muerte del Che” —decían— “el mejor homenaje es reafirmar en la lucha sus principios e ideales revolucionarios. Ante la dictadura no hay que dejarse llevar por posturas electoralistas o participacionistas, o aperturas o antiimperialismo de palabra; hay gente que no quiere en el fondo otra cosa que utilizar al pueblo para seguir conservando el capitalismo y la dominación extranjera, y no tiene problemas en utilizar hasta al Che, claro está, para sus fines”. Y expresaban una convicción que no tardaría en desatar las primeras convulsiones internas: “Aquí la cuestión no es peronismo o antiperonismo o comunismo versus socialismo, es seguir realmente la línea del Che. La lucha armada sin cuartel, con las masas independientes de las opciones burguesas, organizándonos desde abajo en forma clandestina, en las fábricas, en la universidad, en las escuelas secundarias, en el campo, aprendiendo

a utilizar la violencia que vaya cimentando el camino hacia el socialismo, hacia la organización única revolucionaria y un gran ejército popular. Continuar elevando la ofensiva armada y consolidando la organización de masas contra el régimen. Buscar lo que ata y nos une y no tomar lo que nos divide. Ante la mentira y las falsas opciones, Ejército popular hacia la revolución socialista. Saludamos a los compañeros que están en este camino”.²⁵

La acción fue realizada como Grupo Operativo Táctico Ricardo Masetti de las FAL, desde entonces más conocido como Brigada Masetti. Las tantas veces postergada nominación del grupo finalmente se había resuelto.

La acción como estrategia

Como ninguna otra organización de la Nueva Izquierda armada, las FAL cultivaron la unidad de acción como elemento fundante de una nueva praxis revolucionaria, subordinando a ella toda identificación ideológica y política. Para ellos, el “hacer” constituyó la necesaria y efectiva conjura contra lo que caracterizaban el mayor vicio de la izquierda argentina: el ejercicio obsesivo de la discusión teórica, a sus ojos origen y síntoma del prolongado divorcio entre las organizaciones revolucionarias y las masas. Una particular lectura de recientes experiencias en el continente abonaba la apuesta: “No descubrimos nosotros esta forma de relacionar la teoría con la práctica” —decía un documento elaborado en una de las columnas—. “Es precisamente así como, desde la revolución cubana en adelante, se construyen en América Latina los movimientos revolucionarios que se inspiran en el castrismo. Es así como en la guerrilla boliviana el Che prohibió terminantemente ciertas discusiones ideológicas, como lo dice su diario de campaña. Y es así también como se construyó la organización de los Tupamaros, que son para nosotros el ejemplo de guerrilla urbana más avanzado y más cercano”.²⁶ La fórmula “Las palabras nos dividen, los hechos nos unen” —popularizada inicialmente por los guerrilleros uruguayos— se convirtió en el norte de la nueva organización.

Sin embargo, a principios de los ‘70, la sola apelación a la acción directa resultó insuficiente para vertebrar una estrategia revolucionaria que

respondiera a las complejidades del conflictivo escenario político nacional. En efecto, el proceso abierto por el Cordobazo y la crisis del Onganiato puso en cuestión numerosos interrogantes sobre el curso de la lucha revolucionaria y generó, dentro de las organizaciones de la Nueva Izquierda armada, una urgente búsqueda de soportes teóricos que sustentaran su intervención práctica.

En este marco, el surgimiento de nuevos grupos guerrilleros se convirtió en un elemento determinante en el desarrollo particular de cada uno de ellos no sólo porque en conjunto contribuyeron a que el emergente guerrillero despertara simpatías en importantes sectores de la sociedad —ya sea por ser portadores de grandes núcleos de afinidades políticas (como las de orientación peronista), o por su activa participación en las luchas populares—, sino porque establecieron, entre las llamadas “organizaciones hermanas”, cierta “competencia” por la hegemonía de influencias en el campo político de las luchas populares.²⁷

En este escenario, las FAL oscilaron entre el rechazo a la teorización y la reivindicación del marxismo como “guía medular” de “una práctica política científica, sin lograr anclar en una seria indagación de las complejidades del proceso revolucionario en general y el de la Argentina en particular, cuyas dimensiones parecen haberse agotado, desde su perspectiva, en una serie de generalizaciones compartidas, en gran parte, por todo el universo de la izquierda. Así, en uno de sus primeros documentos, señalaban:

- “1°- El proletariado, por su posición en el sistema productivo, es la única clase capaz de encarar un proceso consecuente de lucha por el socialismo.
- 2°- Que sólo una estrategia mundial puede hacerle llegar a su triunfo.
- 3°- Que los ‘eslabones débiles’ se producen hoy en los países dependientes.
- 4°- Que la principal dificultad para el desarrollo de una estrategia común surge del abandono del marxismo-leninismo por parte de la mayoría de los PPCC tradicionales (el revisionismo soviético, en parte el chauvinismo chino, y sus secuelas en sus partidos seguidores).
- 5° Que el imperialismo yanqui ha orquestado una política mundial que tiene por objetivo final la

destrucción del campo socialista y la derrota de los Movimientos Nacionales de Liberación y Social, para los que recurre a una política de *stato quo...*"²⁸

Sosteniéndose en estos presupuestos y en la caracterización de la formación económica-social argentina como capitalista dependiente con subsistencia de rasgos de producción precapitalista, concibieron "la etapa como la dictadura de las capas motrices de la revolución con la hegemonía del proletariado que cohesiona y destruye al capitalismo monopolista y a sus aliados nativos, los terratenientes y las capas parcialmente interesadas que no puedan ser neutralizadas".²⁹

No se avanzó mucho más. En nombre del poder transformador de la acción desistieron de ampliar los presupuestos teóricos, desestimaron por ideologista la discusión sobre diferentes aspectos de la lucha revolucionaria y consagraron el imperio de una línea que, en su amplitud, incorporaba las más variadas posiciones políticas. En consecuencia, y conciliando las propuestas de sus diferentes afluentes, alentaron como estrategia la formación de un Frente de Liberación Nacional por el Socialismo, de un Ejército Popular y de su "médula", el Partido Marxista-Leninista, cuya construcción reivindicaron como una "condición *sine qua non* para la toma del poder."³⁰ Las diferencias que los distintos afluentes de la organización tenían acerca de las características de estas herramientas y del momento oportuno de su construcción quedaron saldadas, en un primer momento, en nombre de la participación conjunta del proceso mismo de lucha, donde "confluyen luego de haber confrontado en la práctica la voluntad de lucha, la bondad o no de los dirigentes, confrontación y polémica ideológica y haber conseguido, en fin, una confianza mutua e interna de los afluentes que permitan construir sobre una base de cohesión sólida".³¹

En términos prácticos, las FAL se plantearon desarrollar la lucha en dos direcciones convergentes. Por un lado, concibieron un proceso que caracterizaron de "desgaste indirecto" de la burguesía, a través de actos de sabotaje, atentados y expropiaciones que, según su perspectiva, a la vez que haría "sentir a la patronal y a la dictadura, el rigor de la violencia proletaria organizada",³² contribuiría a desencadenar el enfrentamiento de clases en forma abierta. En su imaginario, este

enfrentamiento correría el velo del "caparazón" ideológico de la burguesía en el seno de la clase obrera, permitiendo mutar la lucha economicista de los trabajadores en lucha política. Sólo así, advertían, el espontaneísmo de experiencias históricas como el Cordobazo y el Viborazo podría evolucionar hacia un estadio superior de confrontación: "Los cotidianos golpes armados son una muestra de ello".³³ Pero carentes de relaciones orgánicas con los movimientos sociales, entendieron este paso a través del enfrentamiento armado llevado a cabo por grupos tutelares, a los que le otorgaban el rédito de representar la vanguardia armada de la clase.

En la misma clave, ignorando el alcance político y las expectativas sociales de una salida institucional, entendieron la lucha electoral como un obstáculo que confunde y distrae a las masas de la visualización del enemigo central: "Las elecciones libres, son el *engaña pichanga* de las clases oprimidas" –señalaban– "La sangre de los caídos no será negociada en ninguna urna tramposa; la clase obrera, sus militantes más combatientes, junto a los revolucionarios, preparan su partido, no para ninguna elección, sino su partido político militar instrumento necesario que encabeza la lucha de los oprimidos; mientras tanto se van gestando comandos y grupos armados que son el embrión de las Fuerzas Armadas del Pueblo; el próximo encuentro los sorprenderá con un pueblo en armas".³⁴

Consecuentemente, llevaron adelante una radical oposición a posibles salidas electorales realizando atentados contra registros civiles en Córdoba y la Capital Federal, donde quemaron papeles y documentos.

En forma paralela a este "desgaste indirecto" de la burguesía, las FAL alentaron su "desgaste directo" a través de la disminución moral y física de sus fuerzas armadas, operatoria que, según entendían, contribuiría a evidenciar la vulnerabilidad del Estado y a limitar su capacidad de represión, a la vez que a poner de manifiesto el poder de las fuerzas revolucionarias. En este camino, realizaron algunas de las más audaces operaciones contra destacamentos policiales, regimientos militares y miembros de las fuerzas armadas y de seguridad, a muchos de los cuales les ocuparon sus casas durante varias horas para abandonarlas atiborradas de leyendas revolucionarias en cada una de sus paredes.



Hasta dónde sus enfáticas apelaciones contra el sectarismo y a favor de un trabajo político en los sectores populares se develaron como una expresión de deseos fue algo que la praxis misma de la organización se encargó de clarificar. En efecto, sin una militancia orgánica en frentes barriales, sindicales y estudiantiles, y sin políticas para intervenir en el seno de los movimientos sociales y frentes de masas, se confinaron a la clandestinidad y a la pura acción. A falta de organizaciones de superficie y prensa, se especializaron en levantar automóviles renovando permanentemente una flota de varias unidades que mantenían en talleres mecánicos propios; montaron imprentas donde hacían volantes, documentos, sellos y registros de conducir y talleres de carpintería, donde fabricaban “embutes” para esconder armas; también construyeron “cárceles del pueblo”, lo suficientemente bien acondicionadas como para mantener durante varios días a más de una persona.

Vertiginosamente, se convirtieron en una de las organizaciones guerrilleras más activas: en 1970 realizaron más de 30 acciones y sólo entre marzo y julio del año siguiente, según las estadísticas recogidas por Géze y Labrousse, otras 26, siendo después del ERP la organización más operativa.³⁵

La consigna “acelerador y metra”, popularizada por Aguirre, terminó manifestando dramáticamente la degradación de un proyecto huérfano de raíces políticas y sociales.

Del principio de unidad a la unidad sin principios

Hacia mediados de mediados de 1970 las FAL estaban integradas por varios grupos que operaban con gran autonomía política y militar, pero centralizados por una dirección colegiada conformada por dos representantes de los tres afluentes pioneros. El entusiasmo era grande y correspondía al crecimiento: en unos pocos meses se habían sumado las columnas “La Plata” y “Norte”, el “Comando Benjo Cruz”, el grupo “Parral” y los frentes “Estudiantil secundario”, “Obrero” y “Villas”

La mayoría eran células de unos pocos militantes. Sobresalían, en cambio, el grupo Parral y el Comando Benjo Cruz. Los integrantes del prime-

ro provenían del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de Ismael Viñas, organización que fraccionaron hacia 1967 tras plantear la senda de la lucha armada; tal vez emulando a las vanguardias literarias de Boedo y Florida, adoptaron como nombre el de la calle donde hacían sus reuniones. Por su parte, el Comando Benjo Cruz estaba formado por varios militantes platenses a los que se le sumaron unos pocos sobrevivientes de la guerrilla boliviana de Teoponte, quienes propusieron utilizar el nombre de Benjo Cruz, guerrillero muerto en aquella experiencia, como símbolo de la unión y lucha de los guerrilleros de ambos países.

El cambio cuantitativo aparejó, también, el de la nominación original: Frente Argentino de Liberación. En el último término hubo manifiesto acuerdo; se cuestionaron, en cambio, los dos primeros. Para algunos, “Frente” no transmitía certezas sobre la propuesta armada de la organización; para otros, “Argentino” distorsionaba la prédica internacionalista, detrás de una identificación puramente nacional. Buscando no variar la sigla FAL ensayaron la denominación Fuerzas Armadas de Liberación, pero una nueva impugnación —esta vez por la similitud con la denominación del enemigo— rubricó el definitivo Fuerzas Argentinas de Liberación. Aunque los debates no habían llegado a mayores, cierta disparidad de posiciones afloró tempranamente en la superficie. No pasará mucho tiempo más para que la armonía deje de acompañarlos.

La primera señal de graves disidencias internas estalló en agosto de 1970, cuando uno de los dirigentes de la Columna La Plata planteó sus posiciones respecto al peronismo. En un documento que elevó a la dirección subrayaba la caracterización negativa que los dos primeros afluentes de las FAL tenían del peronismo, al que “le desconocían todo significado histórico progresista y hasta negaban la existencia de una corriente revolucionaria surgida en su seno...”.³⁶ Aunque reconocía la modificación parcial de tales posiciones, criticaba el *ideologismo* que llevó a esos afluentes “a empezar por la reivindicación del marxismo-leninismo en su formulación universal, para a partir de ahí interesarse por la realidad nacional”³⁷, proceso que advertía distinto al de otros afluentes que, en cambio, se nutrían de un corpus político “nacional” y mantenían una especial

expectativa en algunas corrientes internas del peronismo.

El documento, pues, ponía en cuestión dos cuestiones fundamentales: por un lado, cuestionaba el método de fusión que, en virtud de la unidad en la lucha, desestimaba la falta de afinidades ideológicas y políticas, apostando a crearlas durante la lucha misma. Por otro lado, dejaba manifiesta certeza de que en la organización dos tendencias internas no hallaban sitio para la convivencia, posición frente al peronismo mediante. “En estas condiciones” —concluye— “la posición en el FAL, al mismo tiempo que nos obliga a hacernos cargo de definiciones que no nos conciernen, nos obliga también a renunciar a definiciones que sí nos conciernen. Esto se refiere concretamente a nuestra actitud ante el movimiento peronista, porque la autocritica del FAL en este punto no es lo suficientemente profunda como para coincidir plenamente con nuestra posición de siempre”.³⁸ El conflicto no se resolvió y un sector de la Columna La Plata optó por separarse de la organización. La falta de una identidad común en los múltiples aspectos de la lucha revolucionaria cobraba sus primeras bajas.

Aunque en lo inmediato la crisis no devino en nuevos planteos, una profunda inquietud se instaló en los distintos afluentes. Las declaraciones, pintadas, volantes y comunicados con las que cada columna expresaba sus puntos de vista, pero siempre bajo la denominación FAL que involucraba al conjunto, despertó agudas controversias internas, en especial cuando hacían alusión al peronismo, problemática siempre latente en la organización.

La inquietud se volvió malestar con la aparición de unas obleas atribuidas a la Brigada Masetti en las que aparecía, con la sola firma FAL, la leyenda “Sólo el pueblo salvará al pueblo”, en la que varios sectores de la organización creyeron divisar la perniciosa influencia del populismo. Poco después, tras la toma del Music House de Córdoba donde la Brigada Masetti difundió una proclama destacando como falsa la opción peronismo-antiperonismo, las críticas arreciaron desde los afluentes de origen marxista contra aquellos que, según su perspectiva, no llevaban hasta las últimas consecuencias la lucha contra la influencia ideológica de la burguesía en el seno del proletariado.³⁹

La dirección de las FAL, por su parte, desoyó los síntomas, evitó socializar el debate sobre las diferencias, se esmeró en conciliar posiciones y apeló a la acción como amalgama de todas las columnas. Y en diciembre de ese mismo año puso en marcha un ambicioso plan en el que participarían coordinadamente varias columnas: el asalto a un vagón transportador de caudales.

El “Operativo Elsitá”, tal el nombre del conjuro, resultó un palmario fracaso que dejó como balance no sólo graves deficiencias organizativas.⁴⁰ Fue también el disparador final de una profunda crisis que terminó arrasando la unidad.

En efecto, el desacierto operativo dio paso a los enfrentamientos políticos que sumieron a las FAL en un estado de deliberación permanente: debates en el interior de cada afluente, documentos de crítica contra la dirección de casi todas las columnas, respuestas cruzadas, alianzas unilaterales entre grupos y desplazamientos de dirigentes acompañaron el desarrollo de la vertiginosa crisis. Todas las columnas coincidieron en la gravedad del caso, aunque difirieron notoriamente en sus diagnósticos. La Brigada Masetti expresó claramente a los sectores cuyas críticas giraban alrededor del funcionamiento de la dirección, en la que reconocían “contradicciones ideológicas”. Mantenían, sin embargo, la férrea postura de continuar la unidad de acción. “Pensamos que las posibles diferencias políticas no son el nudo del problema. Pensamos que son contradicciones en nuestro seno organizativo que no deben conducir a una separación sino a una profundización de las mismas por medio de la práctica y la discusión de conjunto. No se trata de que en la organización haya militaristas, oportunistas, trotskistas, teoricitas, procesistas, comunistas, peronistas y/o esclarecidos” —enfaticaban—. “Nadie es dueño de la verdad ni tiene la precisa. La verdad, como el marxismo y la práctica política” —concluían— “se gesta y desarrolla en el proceso de lucha que implica también una lucha constante contra lo equivocado, lo falso y los malos métodos”.⁴¹ Otras columnas, en cambio, subrayaron el origen ideológico y “de clase” de la crisis y cuestionaron abiertamente la unidad. “La conciliación de ideas por un lado y la no expresión de ideas por otro para mantener la ‘unidad’, —se sostenía desde otro afluente— “el desarrollo separado de lo militar y lo político, el verticalismo, el tabicamiento político y

no orgánico, el manoseo y la utilización de compañeros, el descuido y la destrucción de los bienes de la organización, la falta de vigilancia revolucionaria con respecto a la incorporación y colocación de militantes, etc. Todos estos no son errores casuales, sino que expresan un cuerpo de ideas políticas que hizo de esta organización una cosa heterogénea, que quizá tiene más de embrión de frente que de embrión de partido político-militar del proletariado”.⁴²

La respuesta de casi todas las columnas a la crisis fue, curiosamente, unánime en un punto: la necesidad de organizar el más amplio debate interno, garantizando la publicación y discusión de los documentos presentados por cada afluente. Algunos sectores fueron aún más lejos y apuntaron a la realización de un primer congreso. La crisis política barría la clandestinidad y el tabicamiento; un verdadero estado de asamblea con absoluta democracia interna se multiplicaba en todas las columnas.

El esfuerzo, sin embargo, no pudo con las abismales diferencias políticas presentes. Los sectores “marxistas-leninistas” chocaron con los “populistas” y todos contra la dirección. Por otra parte, un elemento determinante cristalizó durante la debacle y, de alguna manera, la coronó: la nula influencia de la organización en el desarrollo de las luchas populares. Algo de ello percibieron dos militantes cuando escribieron: “Esta situación estalla porque la lucha de clases en nuestro país comienza a sacudirle el piso a todo el mundo”.⁴³ En este contexto, las FAL se hallaban deambulando por los suburbios de los movimientos sociales sin tener la menor presencia en sus luchas.

Hacia mediados de 1971 las FAL fueron devoradas por su crisis interna. Los afluentes se fueron disgregando, uno a uno, para continuar su lucha en forma independiente o para fundirse en otras organizaciones mayores. La Brigada Masetti eligió la autodisolución, entregando sus armas en forma proporcional al PRT-ERP y a Montoneros; sus militantes siguieron un camino similar. “Parral” perdió un sector de sus militantes quienes, agrupados con otros desprendimientos, formaron las FAL 22 de agosto; el resto siguió la lucha como FAL América en Armas. El sector de Aguirre, finalmente, se agrupó como FAL Che, última columna en mantener la sigla original.⁴⁴

Lejos, en verdad muy lejos, las luchas populares se multiplicaban sin percibir, siquiera, el fracaso de un proyecto sin política ni sujeto social.

Bibliografía

- *América Latina en armas*, selección de documentos y reportajes, Buenos Aires, Ediciones M.A., 1971.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997.
- Anzorena, Oscar R., *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Brocato, Carlos A., *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002.
- Gilly, Adolfo, *La senda de la guerrilla. Por todos los caminos/2*, México, Nueva Imagen, 1986.
- Lutzky, Daniel y Hilb, Claudia, *La Nueva Izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días) Antología*, México, Nueva Era, 1982.
- Pereyra, Daniel, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Madrid, Los libros de la Catarata, 1994.
- Torres Molina, Ramón Horacio, *La lucha armada en América Latina*, Buenos Aires, Tercer Mundo, 1968.

Diarios y revistas

Clarín (1969-71), *La Prensa* (1969-71), *La Opinión* (1969-71), *Primera Plana*, *Panorama*, *Así*, *La Rosa Blindada* (1964-1965), *Cristianismo y Revolución* (1967-1970), *América Latina* (1969-1971), *Monthly Review*, selecciones en castellano.

1 En Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?, Ernesto Guevara señala: “La posibilidad del triunfo de las masas populares de América latina está claramente expresado por el camino de la lucha guerrillera, basada en el ejército campesino, en la alianza de los obreros con los campesinos, en la derrota del ejército en lucha frontal, en la toma de la ciudad desde el campo, en la diso-

- lución del ejército como primera etapa de la ruptura total de la superestructura del mundo colonialista anterior". *Obras completas*, Buenos Aires, CEPE, 1974, tomo V, p. 109.
- 2 El congreso de la OLAS reunió a todas las organizaciones partidarias de la Revolución Cubana. Su declaración puntualizaba: "El desarrollo de la organización y de la lucha depende de la justa selección del escenario donde librarla y del medio organizativo más idóneo", en Lowy, Michael, *El marxismo en América latina*, México, ERA, 1982, p. 294.
 - 3 Gilly, Adolfo, *La senda de la guerrilla. Por todos los caminos/2*, México, Nueva Imagen, 1986, pp. 41 y ss.
 - 4 En algunas organizaciones, como el Partido Comunista, el planteo de la cuestión armada no era del todo desconocido aunque sí relacionado más con la autodefensa que con una estrategia insurreccional a largo plazo. Por su parte, en el grupo trotskista Palabra Obrera, los primeros planteos sobre la necesidad de formar un aparato militar "permanente" datan de 1957; para el caso ver: González, Ernesto (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, Buenos Aires, Antídoto, 1999, Tomo III, p. 353.
 - 5 Como buena parte de la izquierda argentina, en un comienzo, también ellos tomaron relativa distancia de la Revolución Cubana, en la que vislumbraban rasgos similares al peronismo.
 - 6 V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*, Buenos Aires, Cartago, 1974, p. 433.
 - 7 Procesos similares ocurrieron en Venezuela (1960), Guatemala (1962, 1965), Perú (1965) y Chile (1965, 1969). Aunque es muy probable que los inspiradores vernáculos desconocieran tales experiencias, es notoria la similitud en la búsqueda por superar las limitaciones de las clásicas formaciones guerrilleras.
 - 8 Los primeros comunicados se firmaron Frente Argentino de Liberación. También circuló la denominación Fuerzas Armadas de Liberación hasta que se optó por el definitivo Fuerzas Argentinas de Liberación. La diversidad de nombres no es un detalle menor, pero sobre esto volveremos más adelante.
 - 9 "Reportaje a la guerrilla argentina", en *Cristianismo y Revolución*, N° 24, junio 1970, p. 59.
 - 10 Para una profundización en el MIR-Praxis, ver Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.
 - 11 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, diciembre 2000.
 - 12 Frondizi, Silvio, "Interpretación materialista dialéctica de nuestra época", conferencia de julio de 1959, luego editada como folleto, Buenos Aires, Liberación, 1960.
 - 13 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, diciembre 2000.
 - 14 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, junio 2000.
 - 15 Ibid.
 - 16 PC-CNRR, "Los comunistas revolucionarios ante la actual situación política nacional e internacional", noviembre de 1968, p. 22.
 - 17 "Ciencia y violencia", en *Teoría y Política*, n° 2, marzo-abril de 1969, pp. 51-52. Poco después Malamud desistió de la lucha política dentro de la organización, aunque continuó dando batalla en el campo de las ideas.
 - 18 "Balance de la actividad del Partido", en *Primer Congreso del PCR*, Córdoba, diciembre de 1969, p. 56.
 - 19 *Tricontinental*, n° 16, La Habana, enero-febrero de 1970, p. 45.
 - 20 Testimonio colectivo de ex integrantes de las FAL, junio 2000.
 - 21 Poco después, la organización saldó cuentas con los torturadores de Baldú. El 15 de noviembre de ese mismo año mataron al comisario Sandoval, sindicado como el responsable de la muerte de su compañero.
 - 22 Testimonio colectivo de ex integrantes de la Brigada Masetti, mayo de 2001.
 - 23 Ibid.
 - 24 *La Razón*, 26 de setiembre de 1970.
 - 25 *Así*, n° 235, 17 de octubre de 1970.
 - 26 Pablo, "Informe y propuesta a los militantes", mimeografiado, 13 de agosto de 1970. Un año más tarde, cuando una crisis terminal atravesaba a toda la organización, una de sus columnas seguía sosteniendo que: "Muchas de las agrupaciones existentes actualmente" (...) "discuten largamente sobre problemas tales como el tipo de partido, carácter de nuestra revolución, caracterización del peronismo, etc., poniendo muchas veces la necesidad de la incorporación de cientos de obreros a la lucha revolucionaria como cuestión secundaria, transformándose estas agrupaciones en grupos de estudio". Comando Máximo Mena; *América Latina*, n° 14, año V, noviembre de 1971, p. 57.
 - 27 Entre 1969 y 1971 operaron no menos de 15 grupos armados y un número indefinido, pero numeroso, de solitarios comandos que, tras realizar una o dos acciones, se disolvían en organizaciones mayores.
 - 28 "Documento 1", sin indicación editorial, s/f, mimeografiado, p. 3.
 - 29 Ibid, p. 17.
 - 30 Ibid, p. 20.
 - 31 Ibid.
 - 32 Ibid, p. 18.
 - 33 Ibid. En un conocido reportaje señalaban respecto al Corobazo: "Lo vemos como un hecho fundamental pero que también demostró que el espontaneísmo no es suficiente. Que se necesita la organización de una vanguardia armada del pueblo. Creemos que esto se está entendiendo...El crecimiento nuestro y de otras organizaciones revolucionarias"

rias no es casual...La masa cuando ve una opción clara, de violencia revolucionaria organizada, no pregunta mucho sobre el origen, la estrategia, etc.; pregunta si se está o no en la lucha y se suma". "FAL. El marxismo en la caruchera", en *Cristianismo y Revolución*, nº 28, abril de 1971.

34 Ibid.

35 En dicho período, sobre un total de 316 acciones, 120 le correspondieron al ERP, 26 a las FAL, 16 a los Montoneros, 4 a la FAP y 137 no fueron firmadas, o su autoría se le atribuyó a pequeñas organizaciones, mayoritariamente peronistas. Ver Anzorena, Oscar, *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, pp.137-138.

36 Pablo, "Informe y propuesta a los militantes", mimeografiado, 13 de agosto de 1970.

37 Ibid.

38 Ibid.

39 Testimonio colectivo de ex integrantes de Parral y FAL 22 de agosto, agosto 2001.

40 La operación culminó con cinco heridos de bala, algunos de cierta gravedad. A la hora de acudir a la posta sanitaria –responsabilidad del grupo de Aguirre– la misma no estaba organizada. El liderazgo del histórico dirigente de las FAL quedó definitivamente lesionado.

41 Brigada Masetti, "Carta a los compañeros" (Sección B, col. 2), mimeografiado, 15 de febrero de 1971.

42 "Documento de la sección Buenos Aires", 15 de marzo de 1971, en *Boletín General* nº 2, mimeografiado, s/f.

43 "Carta de Chiche y Jacinto", 11 de marzo de 1971, en *Boletín General* nº 1, mimeografiado, s/f.

44 Las FAL 22 de agosto actuaron en varias acciones junto con los Comandos Populares de Liberación (CPL); la mayor parte de sus militantes terminaron absorbidos por el PRT-ERP. Las FAL-América en Armas permanecieron activas hasta 1974 y posteriormente se incorporaron a la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO). Las FAL Che, por último, también se fusionaron con el PRT-ERP donde Aguirre fue destacado como jefe militar de la célula de Peugeot. Poco después, tras la desaparición de su compañera Marina Malamud, murió en un enfrentamiento.